

El distintivo rojo

minnie6677 mouse

Image not found.

Capítulo 1

Me miré en el espejo e hice una mueca. Otro día más, con el mismo reflejo estúpido y horrendo. Me pasé las manos casi con repulsión sobre mi plano vientre y luego las aparté de golpe. Estaba gorda. No era lo suficientemente delgada ni buena como para gustarle a Noah. Y aquello me frustraba sobremanera. Me arrodillé frente al inodoro y me provoqué el vómito. Adiós a la cena de ayer y al desayuno de hoy. Asquerosa comida. Me enjuagué la boca con agua del grifo y me volví a mirar en el espejo. Mi barriga seguía igual. Fruncí los labios y observé atentamente mi reflejo. El pelo hasta la cintura ocultaba las cicatrices de mis hombros y cuello, mis ojos azules estaban apagados y siniestros, opacados por el tono violáceo de mis ojeras y por las venas rojas de la parte blanca del globo ocular. Las pulseras que mi abuela me había regalado hacía unos años me estaban grandes, muy grandes, tanto que bailaban sobre mi esquelética muñeca. Mi madre me llamó desde el piso de abajo y le grité un "ya voy" como respuesta. A toda prisa y sin ningún tipo de miramientos saqué las cuchillas de debajo de la tabla suelta del suelo de mi habitación. Me puse frente al espejo de la puerta del armario y deslicé el metal cortante sobre el poco sitio libre en mi antebrazo. Cogí la toalla que tenía preparada para aquellas ocasiones e intenté que ninguna gota de sangre cayese sobre la moqueta pero unas cuantas gotas que no había visto aterrizaron sobre el impoluto suelo blanco. Mierda. Traté de quitarlas con la parte de la toalla que estaba sin sangre pero no conseguí más que acrecentar las posibilidades de que mi madre las viese. Finalmente desistí con un gruñido y bajé corriendo hasta la cocina, donde me aguardaba mi madre sonriente junto un bowl de cereales con leche. Hice una mueca de asco al observar la comida que disimulé con una sonrisa falsa. Aquella que practicaba y ensayaba todos los días al acostarme y al despertarme frente al espejo. Aquella que convencía a todo el mundo de una supuesta absoluta felicidad por mi parte. Me bajé todo lo que pude las mangas del suéter que tenía puesto y me senté en la banqueta para acabar de atarme los zapatos. Tardé todo lo que pude para hacer tiempo. En un despiste de mi progenitora vacié la comida en el cuenco del perro, quien comenzó a comer animadamente mi desayuno junto a su pienso habitual. Mi madre me llevó a clase sin incidentes y la mañana se me estaba pasando lentísima, como de costumbre, cuando la conserje irrumpió en la clase.

- ¿Nora Fernández?- preguntó con su amable aunque estridente voz.

- Soy yo.

- Tu madre ha venido a buscarte. Dice que es urgente.

Extrañada, me levanté con el ceño fruncido bajo la atenta mirada de mis compañeros. Aquel día no tenía dentista, que yo recordase. Caminé en

silencio junto a la mujer hasta llegar a la entrada del instituto. Allí se encontraba mi madre con un semblante frío, serio y duro como una piedra. Mierda. ¿Qué había hecho para cabrearla tanto? Una vez llegué a su lado me agarró de mi escuálido brazo y tiró hasta llevarme a un rincón apartado del recinto.

- ¿De qué es la sangre de tu moqueta?

Se me heló la sangre en las venas. Creo que me puse un poco pálida de más porque al instante la vena de preocupación del cuello de mi madre se inchó. Vi en sus ojos cómo poco a poco iba comprendiendo la situación. Aferró con mayor fuerza mi antebrazo, presionando así todas mis heridas y cicatrices y arrancándome un alarido de dolor. Me había comenzado a sangrar de nuevo el corte de aquella mañana. Mi progenitora me soltó al instante, asustada. Luego su rostro adquirió un nivel de autoridad que jamás había empleado conmigo.

- Enséñame el antebrazo.- exigió con dureza. Bajé la vista al lugar en el que la tela de mi suéter poco a poco iba adquiriendo un tono rojo oscuro. Suspiré. Me subí la manga y mi madre soltó una exclamación ahogada. Luego yo observé lo mismo que ella veía. Largas e irregulares cicatrices blancas se extendían por toda mi piel, dejando al descubierto un hermoso aunque tétrico entramado de líneas de diversos grosores. Una en medio de todos aquellos cortes llamaba más la atención por el mero echo de ser rojo. Rojo y sangrante. Mi madre me levantó el mentón y al ver su mueca de dolor se me escaparon unas lágrimas. La había decepcionado, lo sabía. Como si me leyera la mente, me atrajo a sus cálidos brazos y me susurró al oído.

- No estoy enfadada contigo, estoy dolida porque no hayas confiado en mí lo suficiente como para contármelo. No te preocupes, yo te ayudaré a superar esto. No tengas miedo, y cuando te pasen estas cosas, dímelo sin temor. Siempre estaré aquí para ti.